

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: La independencia de Castilla (continuación).
—A Granada, dedicada á mi querida hermana la señorita doña Rogelia Leon (poesía).—Los cuartos de hora: cuento (continuación).—Desconsuelo: balada.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).
—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA.—Esplicación de la plancha de confecciones.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA.

(Continuación) (1).

III.

Dos recuerdos martirizaban al noble conde en su prision.

El desamparo en que quedaba Castilla, espuesta con su ausencia á las continuas correrías tanto de los árabes como de los navarros y leoneses, y el dolor de no poder contemplar la hermosura de doña

Sancha, á quien con la pasión mas inmensa amaba, pasión que fue el único móvil del contratiempo que le affigia.

Era de noche; una pequeña lámpara de hierro deramaba su luz opaca y débil en un reducido aposento de paredes negras y grietas. En un sillón de roble hallábase el conde castellano entregado completamente á sus pensamientos.

Por una estrecha ventana, guarnecida de una fuerte reja, se veían entrar á intervalos las rojas llamaradas del relámpago que iluminaban con sus fantásticos fulgores la estancia.

El trueno se oía en el espacio, y entre las almenas de aquella fortaleza, azotadas por la lluvia, silbaba de una manera poderosa el huracán.

El conde, extraño á todo, con los ojos cerrados y la frente apoyada en la mano derecha, proseguía en la misma actitud.

Una ráfaga de viento apagó la lámpara, dejando la habitación sumida en las tinieblas; y el castellano, fatigado de la lucha que en su interior sostenía, se rindió al sueño.

Habían trascurrido algunas horas, cuando la puerta del aposento se abrió con sumo sigilo, y una mu-

(1) Véase nuestro número anterior.

jer completamente vestida de blanco, cubierta su faz con un espeso velo, se acercó á donde dormía el caballero, despues de colocar una lámpara en un pequeño nicho. El conde soñaba, y el nombre de doña Sancha salió de sus labios acompañado de una imperceptible sonrisa.

La recién llegada se estremeció de placer, y, separándose el velo del rostro, asió de un brazo al castellano sacudiéndole blandamente hasta hacerle volver en sí.

—¡Cielos! ¡qué miro! ¡doña Sancha! exclamó, dudando si se encontraba despierto.

—Yo soy, sí, Fernán; yo, que vengo á reparar la mala accion que D. García os hiciera.

Yo, que vengo á devolveros la libertad que por mí habeis perdido.

—¡Ah, lo sabeis!...

—Sí, lo sé todo: sé que vos solo otorgásteis la paz á D. García por tener una ocasion de venir á la corte y verme.

Sé que desde el momento en que por primera vez nos conocimos me amásteis con la misma pasion que yo os amo.

—¡Ah! ¡qué feliz me haceis con vuestras palabras, señora! Pero ¡quién os ha revelado mi pasion?

Yo no he confiado á nadie mi secreto.

—Pero yo os le he sorprendido: yo, que desde el tercer día en que os encerraron en esta torre no he dejado de venir una sola noche á visitaros: he velado vuestro sueño, y he conocido, por frases que al acaso pronunciábais, que vuestro amor hacía mí era grande, inmenso, como inmenso y grande es el que yo siento por vos.

—Bien, señora; pero ¿por qué me habeis privado tanto tiempo del placer que esta noche me haceis gozar?

—Porque hasta esta noche no os podia ofrecer nada; no podia pagaros el sacrificio que hicisteis por mí.

Ahora puedo deciros: conde, vuestros vasallos os llaman; los navarros han roto por vuestras tierras y las entran á sangre y fuego; seguidme, y recobrad la libertad que tan villanamente os arrancaron.

—Pero, señora, y ¿qué es la libertad para mí sin vos? ¡Qué me importa todo en el mundo si con par-

tir de aquí me privo del mayor placer, de la mayor felicidad que soñó mi alma?

—Bien; pero vuestro deber os llama á Castilla.

—Es cierto, mi deber me obliga á alejarme, pero mi amor me lo impide, y creedme, señora, puede mas en esta ocasion el amor que os profeso que el que me inspiran mis vasallos.

—Acabemos, conde: partid al punto. Pronto lucirá en el cielo la aurora, y entonces lo habremos perdido todo.

—Lo sé, señora; pero yo no puedo alejarme de vos, yo no puedo renunciar de ninguna manera á veros; y partir de aquí en esta ocasion en que la guerra estallará mas encarnizada que nunca, seria como abrir entre nosotros un abismo sin fondo.

—Bien; pero ¿qué hacer entonces?

—¡Qué hacer?... Seguidme á Castilla y sed mi esposa...

Doña Sancha, encendida de rubor, enmudeció no sabiendo qué responder á la atrevida proposicion del castellano: así siguieron algun tiempo, hasta que á la puerta de la estancia apareció una doncella diciendo:

—Señora, el alba empieza á lucir.

Doña Sancha exhaló un suspiro, y sin pronunciar una palabra se asió del brazo del conde y le arrastró fuera de la habitacion.

Poco despues, un grupo pequeño de ginetes dejaba la ciudad con la rapidez del relámpago.

El que iba á su cabeza llevaba sobre el arzon una mujer, cuyo blanco velo flotaba en anchos pliegues á merced del viento.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

Á GRANADA.

DEDICADA Á MI QUERIDA HERMANA LA SEÑORITA
DOÑA ROGELIA LEON.

¡Encantada ciudad! perla preciosa,
Eden de la feraz Andalucía,
Sultana poderosa,
que viertes en tu vega primorosa

á raudales la rica poesía.
¡Magnífica ciudad! cuna preciada
de ilustres trovadores,
que templaron su lira celebrada
de tu Alhambra aromada
en el brillante espejo de colores.

Yo nunca te miré, y eres tan bella
como radiante estrella
que, fija entre millares de luceros,
fulgurosa destella

con ígneos resplandores hechiceros.
¡Cuál deseo pisar tu fértil suelo,
poética Granada!...
mi corazón te adora con anhelo,
y mi alma enamorada
sufre en tu ausencia pavoroso duelo.

Te quiero contemplar, quiero ser ave
por volar á tu Alhambra encantadora,
y en acento suave,
como mi pecho plañidero sabe,
la belleza cantar que me enamora.

Quiero mirar el murmurante río
deslizarse sonoro ante mis ojos,
y con libre albedrío,
allí el corazón mío

libre gozar sin pena y sin enojos.
Quiero tus fuentes ver, y tus jardines,
tus orientales campos de esmeralda,
tus bosques de jazmines,
y de tu bello suelo los confines
entre sueños mecida de oro y gualda.

Volar quiero hácia ti; tú mis amores,
tú la gloria serás del alma mía,
porque encierras en ti tantos primores,
que renacen las flores
émulas de adularle en su porfía.

¡Cuál envidia tu suerte, dulce hermana!...
tú puedes contemplar enternecida
esa vegá lozana,
y esa perla galana

llena de inspiración, llena de vida.
Y yo ¡triste de mí!... del Manzanares
en la infecunda y árida ribera
lamento mis pesares,
enviando á tu Alhambra mis cantares

en alas de la brisa mensajera.

Recíbelos, mi bien; Rogelia amada,
acoge mi suspiro,
y en plácido cantar, dile á Granada
cuál la amo enajenada,
y en su recuerdo mi laud inspiro.

FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

25 de setiembre de 1864.

LOS CUARTOS DE HORA.

CUENTO.

(Continuación (1)).

III.

Al cabo de un momento de languidez reflexiva,
de abandono, de estupor, hizo Margarita un mohín
de disgusto, y dijo:

—¡Oh, todos son lo mismo! ¡Qué hombres tan
necios! Hé aquí un D. César que aventura mil du-
ros contra dos para hacerse interesante á mis ojos,
cuando le detesto ya sin conocerle. ¡Cuánto los
odio! ¡Y ese ente ridículo pasará por hombre de ta-
lento, y habrá mujeres que se vuelvan locas por él,
aplaudiendo como imbéciles estas fanfarronadas de
la inmoralidad! El Sr. de Montenegro puede tener
por seguro que perderá la apuesta. ¡Y no se ha pre-
sentado! ¿En qué pensará?

Al llegar aquí, la blanca frente de la marquesa se
cubrió de una especie de sombra imperceptible,
prueba evidente de que el fastidio comenzaba de
nuevo á apoderarse de sus nervios. Entonces volvió
los ojos hácia la puerta, y descubrió en el dintel al
lacayo Félix, que, no habiendo recibido la orden de
retirarse, permanecía de pie en la actitud mas hu-
milde y respetuosa.

Era la tercera ó cuarta vez que Margarita se fija-
ba en aquel ente, admitido á su servicio el día ante-
rior, como ya se ha dicho; y aunque había mediado
tan poco tiempo desde su conocimiento, ya tuvo

(1) Véase nuestro número anterior.

ocasion de apreciar, no sin cierto asombro, que estaba dotado de admirable bella presencia, y que sus maneras eran mas distinguidas de lo que se podia esperar de un simple lacayo.

—Acérquese V., Félix, dijo la marquesa despues de un ligero momento de reflexion.

Félix estuvo á su lado en un periquete.

—Vamos á ver, continuó Margarita sonriendo con la misma coqueteria que hubiera empleado con otro personaje de mas importancia; vamos á ver... V. ha entrado á mi servicio, segun es cuenta, por tener una excelente hoja de méritos en su profesion. Así me lo decia mi administrador de Madrid en la carta-credencial de que V. fue portador cuando llegó ayer á la quinta. No debo omitir que en aquella carta habia frases muy lisonjeras para V., y que en ella se encarecian sus relevantes prendas. Ahora bien; ¿es cierto que V. ha servido en las casas mas principales de la corte?

—Sí, señora marquesa, contestó Félix tímidamente. Podria dar á V. S. razon de sus mejores amigos.

—¿De veras?

—Sí, señora marquesa.

—¿Conoce V. al baron de Monreal?

—Precisamente, señora marquesa, he sido lacayo de su prima la condesa del Espino, á quien tenia el honor de leer diariamente en su tocador las revistas de modas.

—¡Ah! ¿V. leia los periódicos á la condesa?

—Sí, señora marquesa, mientras la peinaban. Mil veces la oí quejarse de su primo el baron por el empeño decidido que tiene de no aceptar quimeras ni desafíos.

—En efecto, Monreal no se bate nunca.

—Es por prudencia, señora marquesa.

Margarita se sonrió.

—¿Conoce V. al banquero Valderobles? dijo.

—Un poco, señora marquesa. Fui lacayo al principio, y despues secretario particular de su señora hermana la vizcondesa del Robledar, á quien tuve el honor de dar lecciones de francés.

—¿Cómo? ¿V. habla francés?

—Perfectamente, señora marquesa. He vivido en Paris dos años consecutivos.

—Y entonces con esos conocimientos, ¿por qué no se ha aventurado V. á salir de su mezquina condicion de lacayo?

—Vicisitudes de la vida, señora marquesa.

—Otros con menos motivos pican hoy dia mas alto y se dan importancia. ¡Conque V. ha vivido en Paris!...

—Sí, señora marquesa, al servicio del Sr. D. César Montenegro.

Margarita no pudo reprimir una exclamacion de sorpresa.

—¿Montenegro ha dicho V.?

—Sí, señora marquesa.

—¿V. ha servido á D. César Montenegro!

—Cerca de cuatro años... dia por dia. ¿Le conoce V. S. acaso, señora marquesa?

—Yo... no...; pero he oido, me parece que he oido hablar del Sr. D. César en alguna ocasion.

Y al decir esto oprimia Margarita entre sus manos la carta de su amiga Laura.

Despues de una pequeña pausa, exclamó:

—Se cuentan de ese hombre grandes estravagancias.

—Sí, señora marquesa; pero yo no puedo hablar mal de él.

—¿Cómo que no?

—Me es imposible.

—¿Pues si dicen que es un Satanás consumado!

—Á mí me fue bien á su servicio; mas, con todo, no dejo de conocer que tiene defectos.

—¡Ah! ¿Tiene defectos?

—Sí, señora marquesa; pero no tantos como otros que gozan mejor reputacion. D. César, por ejemplo, es demasiado pródigo.

—Segun eso, estará arruinado, ¿eh?

—¿Quién? ¿El?... ¡Ya, ya! Lo que tira con una mano se lo pone Dios en seguida en la otra. Le persigue un fortunon deshecho.

—¿Cómo es eso?

—Porque emplea sus rentas bien. Cuando á él se acerca un necesitado, jamás le he visto marcharse con las manos vacias. Ademas, otro de sus defectos principales quizás sea el de poseer un valor temerario.

—¡Sí! D. César será uno de tantos espadachines insolentes, matones con ínfulas, dispuestos siempre á imponer la razón de su capricho con la punta de un florete ó con el cañón de una pistola. Este será su valor.

—Nada de eso, señora marquesa. Ciertó que don César no pudo nunca resistir á la tentación de romper el bautismo á los difamadores de oficio y á otra porción de reptiles del laberinto social que tienen el triste privilegio de envenenarlo todo con una palabra; pero, aparte de esto, yo he tenido ocasión de admirar otras pruebas de su valor. En París se arrojó entre las llamas de una casa que ardía, solo por salvar á una pobre anciana. En Lóndres estuvo á pique de ahogarse en el Támesis por salvar á dos hijos menores de un pescador. Ha cazado lobos en Rusia con el célebre novelista Alejandro Dumas, y ha muerto en África dos leones. Á mí me parece que esto es valor.

Margarita se levantó enfurecida.

—Á mí me parece, dijo con bellísima cólera, á mí me parece que lo que V. me cuenta de D. César son virtudes, y yo tengo aprendido que el señor de Montenegro es un cumplido bribon. Retírese V.

Félix se alejó sin murmurar palabra. Margarita cayó desplomada sobre su sillón, y guardó por breves momentos un silencio absoluto. Poco después, y á vuelta de unas cuantas reflexiones sobre lo que había escuchado, comprendió que había tratado á Félix con alguna dureza, y comprendió además que el señor de Montenegro podía no ser tan malo como á ella la había parecido.

—¡Pobre muchacho! exclamó pensando en Félix. He sido con él sobrado injusta. ¡Un jóven tan instruido que leía las modas á la prima de Monreal y enseñaba francés á la hermana de Valderobles!... Será preciso que yo también le nombre mi secretario particular... Así tendré con quién hablar frecuentemente de ese bendito D. César... á quien Dios confunda.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

DESCONSUELO.

BALADA.

—¿Qué tienes, hija mía,
que estás tan pálida,
y las rosas no vuelven
á tu faz cándida?
¡Por qué suspiras,
y de tus labios rojos
huye la risa?

—¿Qué pesares te oprimen?
¡Por qué tus ojos
perdieron su luz pura
y están llorosos?
¡Por qué, hija mía,
te causa desconsuelo
la luz del día?

—Madre, al ir á la fuente

una mañana,
encontré en ella al hombre
con quien soñaba:
y ambos al cielo
juramentos hicimos
de amor eterno.

Hoy el infiel por otra
mi amor olvida,

y sin su amor yo muero,
que él es mi vida:
y lloro, madre,
pues comprendo que nunca
podré olvidarle.

Muchas veces he oído,
de vuestros labios,
que Dios tan solo puede
consuelo darnos;
me voy al cielo;
adios, madre querida,
allí os espero.

CÁRLOS CANO.

Segovia.—Agosto, 1864.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

«¡Sois unas infelices, pobres mujeres!... La mas encofetada de vosotras vale menos que el látigo con que castigo mis caballos.

«¡Toda vuestra valía estriba en una frase indiscreta, en un epigrama de un hombre que desee perderos!...

«¡Qué vanas y pomposas vais por esas calles ostentando el lujo, las sedas y las blondas, como si ellas os pudiesen librar de vuestro triste destino de mujeres!

«¡Apenas divisais un grupo de hombres, os afanais aun mas, creyendo que las flores que se os dirigen no llevan sus espinas!

«¡Os engañais! ¡mas os valiera dejar de oir esos elogios que tanto os agradan; pues nunca falta alguno que por lo bajo os maldice y os deshonor, y saca á plaza vuestros defectos, y rie de vuestra loca presuncion! ¡Infelices!... ¡necias!

«¡Habeis visto que nadie tropiece con la piedra que duerme en un rincon? ¡No son siempre las que están al paso las que sufren con el roce de los transeuntes?

«Pues ¡por qué no huís vosotras el choque humano? ¡Por qué sacais á plaza vuestra hermosura para irritar al hombre que despreciais y que se convierte en vuestro mortal enemigo?»

Y así diciendo, Fuensalida miraba á Julia como asegurando á su corazon que todos sus pensamientos de esterminio y odio iban directos á herir á aquella mujer que, sin padre, ni hermanos, ni tutores, ni esposo que la defendiese, podia con mas facilidad hundir en el abismo que la preparaba.

Antonio de Guzman, tipo opuesto á este hombre vengativo y malvado, solo miraba en el desamor de

Julia una causa natural, que le hacia resignarse con su suerte.

«¡Ella vale mucho! decia. No hay hombre que la merezca en el mundo, y debe pasar por él como el ángel que ha bajado á cumplir una mision en el mundo, y se retira despues con sus alas doradas y brillantes, sin haber tocado las miserias ni los eriales de la existencia.

«¡Y quién la exigirá un amor que no debe dar, porque es divino, ni quién será tan temerario que piense igualarse á la mujer que se eleva en el pedestal de unas virtudes ajenas á este mundo corrompido y miserable!...

«Yo me contento con admirarte, con seguirte como el lucero al planeta, con saber que no me aborreces, y que, si conoces mi pasion, no me desprecias, ya que no me ames.

«¡Con qué gusto seria tu esclavo, si á esa costa pudiera interesarte! ¡Pero no! tú eres una de esas mujeres que necesitan para amar un ser tan superior que las haga considerarse pequeñas á su lado.

«Y... ¿quién habia de superarte á ti, que vales tanto?»

Despues de estas y otras reflexiones, Guzman se quedó sombrío y reflexivo, como si no escuchase nada de lo que pasaba á su alrededor.

Este jóven, que pasaba por uno de los mas elegantes de Sevilla, que, como ya hemos dicho en otra ocasion, llevaba los cabellos perfumados y las botas de forma inglesa, y la corbata puesta con estudio, no por eso dejaba de encerrar un corazon tierno y sensible, y un alma que adivinaba el genio, la grandeza y la valía de los que verdaderamente abrigaban estas sublimes cualidades.

Se le consideraba pedante en la tertulia de la viuda del brigadier, porque á su edad parecia romanticismo novelesco el no tomar parte en la alegría de los demas, ni dirigirse á ninguna jóven, siquiera fuese para matar el fastidio.

Ademas, sus posturas y ademanes eran aristocráticos naturalmente; pero no faltaba quien dijera que las estudiaba al espejo, como una muchacha la sonrisa con que aparece mas linda y luce mejor la blanca dentadura.

(1) Véase nuestro número anterior.

Su tristeza aparecía dramática.

Su silencio trágico.

Su elegancia afeminada.

Tal era, al menos, el voto de las mamás, que aprobaban las hijas, enojadas de su indiferencia y retraimiento.

En verdad, como hay tantos tipos que tenían con él semejanza, y son pedantescos y fingidos y necios, no es extraño que se le confundiese, en un siglo donde es preciso echarla de divertido y jocoso para que no le llamen á uno insufrible é impertinente.

Han dado pábulo á ello esos jóvenes viejos que á los veinte años han perdido todas las ilusiones, se quejan del mundo y le aborrecen, aunque busquen con avidez cuanto pertenece á él; reniegan de las mujeres y las desprecian en sociedad, mientras las procuran seguir en todas partes, y son, en fin, un teatro ambulante, representando siempre *El Hombre de la Selva Negra*, según se esconden y huyen, mientras son unos verdaderos Tenorios, que quisieran contar por horas el número de sus amores y conquistas.

Representando de continuo el desden, el tedio, el hastío, se hacen interesantes, según sus creencias, y son amados y halagados de las mujeres, mas que los pechos francos y espontáneos que se entregan á discreción sin contar con la falsedad y engaño de esas bonitas enemigas de la tranquilidad del hombre.

Era muy fácil confundir á Guzman con uno de esos elegantes de máquina, sin corazón, ni mente, ni creencias.

Al menos vestía como ellos, y era tan retraído y aficionado á la soledad como aquellos filósofos de quince años en quien no ha marcado una arruga la experiencia, ni el dolor ha hecho asomar una cana, y, sin embargo, ya no hay en ellos fe social ni divina.

Esproncedas escépticos, que sin poseer su ardiente genio y su volcánica imaginación le imitan en todo, como si ninguno fuese digno de entonar siquiera los versos de aquel sabio loco; de aquella trompeta de juicio que se lo quitaba por momentos al que la hacía resonar; de aquel bardo inimitable que nació para pintar las miserias, el barro, el lodo de la humanidad, y que viéndose envuelto en él sacudió las alas, y purificándose del acibar que había bebido en

el mundo por medio del dolor y la amargura que consumían su ser, fue á buscar otro hemisferio, dejándonos los desgarradores sonidos de su lira deshecha y rota, al partir, para que nadie, nadie, pudiese entonar en ella lo que solo él supo decir y ninguno imitará.

Y mucho mas podía creerse que Guzman era uno de estos tipos, cuando hablaba con frecuencia de *El Diablo Mundo*, y mas de una vez le había oído decir un amigo al entrar en su cuarto, donde se creía solo:

«¡Vamos ahogando mi dolor profundo!
¿Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo?»

Y es que *El Diablo Mundo* de Espronceda se hermanaba en muchos de sus pensamientos con los suyos, y como nuestra predisposición natural es curar con veneno el veneno, y el dolor con otro mayor dolor, él leía aquello para impregnarse de hiel y consolarse con saber que un hombre privilegiado, un poeta de fama, un genio entre los genios, había sufrido y había pintado la esencia de la agonía para que todas las imaginaciones ardientes y extraviadas le buscasen en las bibliotecas, como el sediento el agua de un manantial salobre que produce mas sed y hace desencadenarse la calentura, y después el delirio, y mas tarde la muerte.

También había leído las sátiras de Figaro y los pensamientos en contra de la mujer, por ver si impregnándose en ellos podía arrancar de su alma aquel amor que le devoraba de continuo; pero concluía diciendo con amargura:

«¡Pobre Figaro! ¿Por qué las escarneciste tanto, si una había de ser amada por ti en tal manera, que hiciese que la mano que tantas veces había tomado la pluma para abominarlas y escarnecerlas, se armase con la mortífera pistola que encerraba la bala traidora que había de arrancar al mundo uno de sus genios mas privilegiados?»

Muy bien sabía nuestro joven que aquel amor sería el tormento de su vida; pero basta al hombre querer dejar una idea para que desaparezca, ó deje al menos de atormentarnos y perseguirnos sin cesar.

Mas de una vez se había propuesto huir de los sitios donde iba Julia, de los círculos donde se pudiese hablar de ella, de todo lo que la recordase y

acrecentase su amor; pero habia en su ser una fuerza oculta que mandaba su voluntad y hacia encaminar sus pasos á los parajes de donde deseaba huir.

Aquel día se habia hablado de ir á visitar algunos de los monumentos de Sevilla, y habia preguntado á aquellas señoras, sin poder contenerse, cuántas serian las damas de la expedicion.

Con la boca entreabierta, el aliento entrecortado, y sin poder contener los latidos de su corazon, aguardó la respuesta, y cuando oyó el nombre de la que tanto amaba, se quedó pálido de emocion, y dijo interiormente: «¡Iré, sí; iré!»

Tambien Fuensalida habia dicho lo mismo.

Una misma mujer mandaba sus voluntades.

Pero uno era el genio del mal y otro el del bien.

Cuando la visita á la catedral hubo concluido, los carruajes rodaron otra vez por las calles como rodaban los pensamientos en aquellas cabezas segun su organizacion y los sentimientos que les agitaban.

XI.

Otra vez á la tertulia.

Como dijimos en nuestro primer capítulo, las jóvenes sentadas alrededor de un velador elegante conversaban amigablemente, mientras en otra sesion los padres y las tias sacaban á plaza las costumbres de los antepasados, la severidad de sus padres y la desenvoltura y libertad de la era presente.

Como dijimos, Julia estaba inquieta, y cada vez que resonaban los pasos de alguno en la antesala, latia su corazon como el del que padece un aneurisma.

Sin embargo, sus miradas eran tan llenas de disimulo ó indiferencia, que el observador mas profundo se habria quedado en duda de que esperaban á alguno.

Sus blancos dedos jugaban distraidamente con los flecos de una bonita velonera, donde estaba colocado un quinqué, raro por su forma y por la labrada bomba que mitigaba la brillantez de su luz.

Entre tanto, sus amigas hablaban de modas ó de amores, conversacion indispensable donde hay muchachas jóvenes y lindas. Sin embargo, Julia, mas

linda que todas, jamás daba su voto en nada que hubiese de hablar el corazon.

¿Y podia ella acaso hacerlo? ¿No era un crimen el sentimiento que abrigaba? Por eso trataba de negar sus impresiones hasta á su propia razon, hasta á sí misma.

Hubiera querido que su memoria se emborronase, que dejase de atraer ideas, que se corriese un velo entre el ayer y el hoy, que no tuviese la máquina de su cabeza otro pensamiento que el instantáneo, mas ligero y fugaz que el rápido movimiento de los párpados que guardan cuidadosos la pupila.

—Sin la memoria, decia, no se amargaría el placer del hoy con el sentimiento del ayer perdido.

No vendrian á herir las nuevas impresiones, las que ya pasaron, y que consideramos siempre mas bellas, para desvirtuar y empobrecer las presentes.

No habria ese primer amor al que ninguno iguala, y que recordamos siempre con dolor, diciendo:

«Solo una vez se puede amar de veras.»

El amor presente seria el único, el verdadero, el que nos hiciese sentir.

Concluido este, otra nueva impresion nos halagaria, y pasando de suceso en suceso, sin sentir las flores marchitas, ni los secos eriales, ni las ruinas que íbamos dejando atras, siempre serian jóvenes y nuevas nuestras impresiones, y jamas lanzaria nuestro corazon tristes gemidos por los placeres que hubieron ó los dolores que hirieron para siempre nuestro pecho.

Nuestra vejez no es la de los años, es la de los recuerdos.

Hay hombre á quien hace envejecer en contados dias una idea.

Hay mujer que pasa una vida de martirio por recordar el momento fatal en que una palabra indiscreta ó un instante de debilidad echaron por tierra los severos propósitos de su razon.

¿Qué alegría puede proporcionar nunca un recuerdo, cuando vemos nuestra fatal impotencia de reproducir aquellos felices dias que se hundieron, para no aparecer nunca, en la superficie de la tierra?

El goce del minuto presente suele amargarlo el del minuto que pasó en la primer década de nuestra existencia.

Hay una mezcla de ideas en los recuerdos que no sabemos descifrar, pero que concluye siempre por arrancar un gemido á nuestro corazón y una ardiente lágrima á nuestros ojos.

Si no fuese por la idea de la eternidad, ese goce seguro del alma (contando con nuestros buenos hechos en la tierra y la clemencia de Dios), maldeciríamos la memoria como un anatema horrible, como un dogal que de continuo nos oprime y nos devora.

Sin la memoria, las canas no asomarían su cabeza de desengaño en nuestras pálidas sienes.

Sin la memoria, no perderían los ojos la alegría de la juventud, ni el sedoso cutis empezaría á plegarse como la hoja de la rosa que ha estado abrazando todo el día un sol sediento de lluvia en el mes ardoroso de julio.

Sin la memoria, no recordariamos el hogar de la niñez vertiendo desolado llanto, porque pasó la rosada flor de la infancia, trayendo en cambio el triste dolor de la experiencia y los desengaños.

Todo el globo sería nuestra patria, y el pobre desterrado olvidaría la suya, como un sueño al despertar, como una cosa que nunca fue.

Pero ¡ay! ¿Qué sería entonces de la sociedad, qué de las familias, qué de los deberes que tenemos desde el nacer hasta el morir?

¿Cómo se arrepentirían de sus errores las almas extraviadas, ni cómo vendrían al santuario del perdón, ni harían penitencia en cambio de sus delitos inconfesos?

El asesino no tendría nunca presente el gemido de agonía de la víctima.

Inmolaría nuevos seres sin temor al grito de la conciencia.

Los hechos malos como los buenos quedarían entre los escombros del hundimiento humano, como el grano de arena bajo los macizos cimientos de un elevado castillo.

No habría premio para la virtud, ni castigo para la maldad.

Un alma aviesa y cruel nos engañaría mil veces sin que supiéramos preservarnos de sus tiros.

Los juramentos mas sagrados serían al minuto de hacerlos una ráfaga que voló á remotos climas para no volver jamás.

No habría testigos para los delitos ni jueces que sentenciasen las causas; pues olvidado el crimen, dejaría de serlo.

Sería necesario ir imprimiendo la historia de cada individuo día por día, minuto por minuto, si luego habíamos de saber cuáles fueron sus hechos.

El hijo olvidaría á su madre, la madre á su hijo.

Los afectos humanos no podrían calificarse jamás.

La persona que mas amásemos, al desaparecer de nuestra vista sería sustituida con la que se presentase de nuevo.

Daríamos palabra de unirnos al día siguiente á un ser, y sin acordarnos de este gran paso de la vida nos uniríamos á otro horas antes de cumplir la anticipada promesa.

El marido olvidaría que tenía una esposa, unos hijos, unos deberes sagrados que cumplir, y se casaría con otras veinte quizás, sin recordar que estaba casado.

(Por supuesto que muchos lo olvidan sin carecer de memoria.)

No se podría prestar una cantidad porque nos quedaríamos sin ella.

(¡Qué agonía para los avaros, y qué alegría para los deudores!)

¡Entonces sí que sería todo mentira!

Ahora, por desgracia, todo es verdad, por mas que se empeñen en negarlo los escépticos y los que están fastidiados hasta de su propio ser.

¡Todo es mentira!... ¡todo es la nada!... exclaman á cada paso, y cuando sienten un dolor moral ó físico, ¡cómo le hacen creer estos locos al cuerpo ó al espíritu que nada le sucede, que no hay razón para sentir!

¡Ojalá fuese todo mentira menos la eternidad!

La mentira es lo que soñamos, lo que desaparece tan pronto como abrimos los ojos y miramos lo que nos rodea.

La mentira es la comedia que nos representan con propiedad, haciéndonos sentir los delirios del poeta.

Y, sin embargo, estos delirios son verdad; porque se basan en realidades, en hechos que fueron y que pueden ser.

Preguntadle á la memoria si es verdad lo que recuerda.

¡La memoria! La memoria es un mal preciso, y una verdad que nos amarga la vida; pero que no podemos suprimir, porque Dios con su inmensa sabiduría la puso como látigo de la descuidada conciencia.

Por eso los hechos que mas se desean olvidar son los que la Providencia pone á las puertas de la memoria, como incansables centinelas que no han de dejar el puesto.

La memoria es una casa llena de gente que baila sin cesar, destruyendo los cimientos del edificio.

Sus primeras contradanzas están siempre presentes.

Preguntadle á un hombre cuánto le ocurrió de niño, y vereis contaros los mas pueriles detalles.

Y es que entonces los bailarines eran jóvenes, y la fuerza de su planta imprimía la idea, como el tórculo de la prensa los caracteres que forman las palabras.

Casi todos los viejos son desmemoriados; porque cesa la danza, calla la música y se apagan las luces de aquel salon de locura.

Pero mientras haya juventud, vigor, lozanía, sentimiento y pasiones, la memoria será el yunque continuo que martirice mas que deleite la naturaleza.

Muchos suicidarian su memoria si quisiese admitir unas bonitas cabezas de fósforo.

Otros la pegarian un tiro si la bala no hubiese de interesar lo demás del cuerpo.

Otros la arrancarían de su cabeza y la arrojarían á un pozo para que allí se refrescase tomando nuevas formas.

Ahora, en que todo va al vapor, las ideas bailan mas aprisa, y nuestra memoria es un rápido wals que nos hace envejecer cuando apenas hemos tenido tiempo de saludar la juventud.

Con el tiempo serán los recuerdos tan veloces como rápidos vemos los árboles en los campos cuando vamos en un coche de ferro-carril.

Casi llegará á olvidarse lo que hicimos ayer en la precipitación y el trastorno del hoy.

La vida se convertirá en compendio, en extracto.

No quedará de ese amor que fue la delicia de nuestros abuelos y el dulce entretenimiento de

nuestros contemporáneos, mas que una sombra vaga, un punto dulce, al cual lleguemos como la mariposa á un campo de amapolas.

Casi casi equivaldrá esa era (que no se halla lejos) á una generacion desmemoriada; pero entre tanto habrá seres que, como Julia, sufran los rigores de una pasión sin esperanza.

Querrán desechar de su corazón la agonía que les oprime, y la memoria dirá: "¡Recuerda lo que una vez fue!... ama lo que amaste, y no admitas nuevas imágenes donde está grabada una con caracteres de fuego."

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE "LA VIOLETA."

Las tradicionales ferias se han posesionado ya, según costumbre, del histórico paseo de Atocha.

Allí los trastos viejos, los libros, la fruta, los juguetes, todo en revuelta confusión, atrae á los curiosos, á los desocupados, y mas que todo á las bellísimas niñas que, abandonando ya los antes animados jardines de Recoletos, buscan una ocasión de olvidar en aquel pintoresco *maremagnum*.

Nada mas clásico, mas original, que las ferias de Madrid.

El anticuario se detiene estasiado ante un mueble que ostenta por siglos la existencia; el aficionado se estasia ante los abigarrados ensayos de algún malogrado Goya ó ante los restos de una vetusta biblioteca cuyos volúmenes ruedan en el polvo, confundidos en sarcástico desorden. El Foblás junto á la Biblia, Calderon bajo el peso de un enorme tratado de decimales. También dentro de la población, en las elegantes calles del Carmen y la Montera, de Espoz y Mina y Carretas, suntuosos escaparates se miran sin cesar rodeados de curiosos que se detienen á contemplar aquellos tentadores encajes, primorosos tejidos, brillantes joyas y lindísimos juguetes, felicidad soñada de esas dos clases de ángeles que viven entre nosotros: los niños y las mujeres.

Pasemos á los teatros.

El regio coliseo abrirá sus puertas definitivamente el 10 del próximo octubre con la ópera *Rigoletto*, cantada por las Sras. Vittali y Talvo, y los Sres. Nicolini, Aldighieri y Padovani; la Sra. Penco debutará con *La Norma*.

El favorecido teatro del Príncipe sigue atrayendo una numerosa y escogida concurrencia con las repetidas representaciones de la preciosa obra de Calderón con que inauguró la temporada, ensayándose mientras tanto la comedia del Sr. García Gutierrez *Las Cañas se vuelven lanzas*, y la pieza en un acto *Las Hijas de Elena*; en ambas obras funda la empresa esperanzas, que celebraremos se vean cumplidas.

Variedades ha publicado ya su lista de compañía, donde figura al frente el laureado Julian Romea. Dentro de breves dias dará principio á sus funciones este lindo y aristocrático coliseo con la preciosa comedia de Breton *Una noche en Búrgos*.

Continúa el teatro del Circo favorecido del público; sin embargo, la única novedad ofrecida por esta empresa ha sido el arreglo de una pieza francesa nominada *Le petit cousin*, y que con el título de *Una rebancha* ha españolizado el Sr. Larra, poniéndola en música el compositor Sr. Campos. Esta obra, escrita con facilidad y correccion, mereció una favorable acogida, así como la música, que fue perfectamente interpretada por la señorita Montañés y los Sres. Obregon y Mendizabal; obras del antiguo repertorio han seguido á estas, sin perjuicio de los constantes anuncios en que se ofrecen novedades que no podrán menos de despertar la curiosidad de los aficionados; entre otras cuéntase una zarzuela de costumbres asturianas titulada *El Rapacin de Candás*, *El Sexto marido*, *Quien bien ama...* y la de magia *La Paloma azul*, para la cual se están pintando á toda prisa varias decoraciones.

El teatro de Jovellanos se esfuerza noblemente por merecer el favor de la distinguida concurrencia que de costumbre ocupa sus elegantes localidades: la zarzuela *Un propósito de mujer*, estrenada la noche del lunes, y cuya primera representacion se habia retrasado por indisposicion del Sr. Salas, obtuvo un éxito tan lisonjero como merecido. Esta obra, imitacion de la opereta *Belli*, del inmortal Donizetti, ha sido arreglada al castellano por D. Emilio Álvarez,

que con sumo acierto ha dado en ella una clara muestra de fácil y dulce versificacion: la música del gran maestro no podia menos de conmover, y así fue. En la ejecucion hicieron su primera salida en este teatro el Sr. Prast, tenor de sentimiento y gracia, y la señorita Ortoneda: ambos compartieron entre sí los aplausos del numeroso público, tocando de estos no pequeña parte al estudioso Landa, que con docilidad y escaso tiempo se habia prestado á desempeñar la parte encomendada al Sr. Salas.

Se prepara en este teatro el próximo estreno de la comedia nueva *Amar al prójimo*, arreglo del francés hecho por el Sr. Ortiz de Pinedo, del nombrado drama *Juan Baudry*; y la zarzuelita en un acto *El Centinela de vista*.

Novedades, ese magnífico coliseo relegado al olvido por la infinidad de gentes que juzgan obra de romanos atravesar hasta los extraviados barrios bajos, ha abierto sus puertas con bien lisonjero éxito.

La Payesa de Sarriá, drama en tres actos y en verso, original del Sr. Eguilaz, ha sido la obra de estreno. Este idilio dramático, reflejo fiel de *La Vaquera de la Finojosa*, con su mismo argumento, sus mismas situaciones y caracteres, versificado con esa sencillez clásica que brilla en todas las obras de su distinguido autor, mereció el aplauso general de la brillante concurrencia.

Todo en esta fábula dramática atrae y conmueve: el plan de la obra y la dulzura de los conceptos, hacen de *La Payesa* una composicion destinada á figurar en primer término entre las de su jóven autor.

En el desempeño se distinguió la Sra. Dardalla, en quien creimos descubrir cierto laudable esfuerzo por imitar las trágicas italianas; al Sr. Zamora le quisiéramos con menos afectacion; en las situaciones capitales la naturalidad es el todo, la exageracion trunca por su base el efecto.

La piececita *El que de ajeno se viste...* sirvió al imitable Sr. Dardalla para dar una muestra de su gracia especial en retratar á los originales tipos de Triana.

La parodia del escelente drama *Venganza Catalana*, estrenada tambien en este teatro hace pocas noches, y titulada *La Venganza de Catana*, es un disparate ingenioso que abunda en chistes bien coloca-

dos, y donde con una facilidad sorprendente aparecen en relieve las situaciones principales de esa brillante joya literaria. Su autor, el Sr. Alba, fue llamado á la escena por los aplausos del público.

Hácense grandes preparativos en este coliseo para poner en escena el drama bíblico, original del señor Rivera, *La Profecía*, y también se prepara la comedia nueva, del Sr. Bermejo, *Dos cartas y un caracol*.

Como se ve, la empresa del teatro de los espectáculos no perdona medio de crearse atmósfera; el público, siempre justo, premiará los laudables esfuerzos de quien así se empeña en agradarle.

De regresó ya á la corte muchas de las principales familias que durante el verano abandonaron las orillas del Manzanares por las campiñas de Biarritz ó de San Juan de Luz, pronto nos hallaremos en ese período de animación que constituye la vida de la corte de las Españas.

Soñando con novedades teatrales, con elegantes *soirées* y demas diversiones, dejamos por hoy la pluma, y esperamos materia para la próxima revista, y volver á trazar otros mal aliñados renglones que, como estos, son la única é indirecta manera con que se dirige á vosotras, encantadoras mariposas de LA VIOLETA, vuestro criado

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

ESPLICACION DE LA PLANCHA DE CONFECCIONES.

Primera figura. Paletot de terciopelo semiajustado, con pasamanería y medallones de guipur; manga de codo con ruche de guipur en el bajo y hombreras de lo mismo.

Segunda figura. Paletot de lana dulce color gris de dos tonos, guarnecido con dos cintas de pasamanería, entre las cuales va colocada una hilera de botones de nácar. Este paletot es ancho con los delanteros redondos.

Tercera figura. Chal albornoz de cachemira blanco, con un volante de la misma tela bordado; un ruche de cinta núm. 5 rodea el bajo del volante, que está cortado en ondas. La pegadura del volante va cubierta con una guirnalda de cabezas de avestruz,

lo que es de un efecto maravilloso. El capuchon está formado de la misma tela, y concluido por un grupo de plumas. Forro de raso blanco.

Cuarta figura. Cardinal guarnecido á lo húsar lleva en los hombros un lindo ocho doble de pasamanería con largos cordones y borlas; en medio de la espalda, que está un poco tronzada, va colocada una espiga de pasamanería, y todo alrededor por un fleco y una franja, mitad de cordoncillo y mitad de trencilla de treinta centímetros. Este abrigo no lleva mangas; solo unas aberturas por donde salen los brazos.

Quinta figura. Frac estilo Luis XV de terciopelo completamente ajustado, manga de codo y un poco abierta por la bocamanga en redondo, dejando salir un bullon de muselina con puño estrecho bordado. Todo él va guarnecido de un fleco de felpilla y bordado á realce.

Sesta figura. Polonesa de terciopelo negro con vueltas de armiño, y unidas las vueltas por un cruzado de pasamanería que concluye por dos borlas. La manga medio ajustada con la bocamanga de armiño, y en el hombro borlas y cruzados, en armonía con el guarnecido. Las costuras de los costadillos van cubiertas del mismo adorno con dos borlas que caen al talle.

Sétima figura. Paletot de niña; es de lana dulce con escote recto guarnecido de cinta de cachemir y botones de terciopelo. Alrededor un fleco de bellotas, lo mismo que las hombreras,

ADVERTENCIA.

Repartimos con este número el pliego de dibujos, cuya esplicacion va en el anterior, y que no pudimos repartir entonces por no haber llegado á tiempo.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.